

DUNGEONS & DRAGONS®

AVENTURA SIN FIN

Tú eres el héroe de la aventura
enfrentate con dragones y espíritus malignos.
De tus decisiones depende tu supervivencia.

El Dragón Negro

Rose Estes



Eres Morgan, un joven mago al que el venerable Consejo de los Nueve ha citado con urgencia. Si bien no conoces el motivo de la misteriosa cita, tienes la esperanza de que hayan decidido confiarte tu primera misión importante.

Los caminos que elijas pueden llevarte al éxito... o a la muerte. ¡Sólo tú podrás decidir si debes advertir al Consejo de los Nueve o detener personalmente a tu tío Zed en su vengativo intento de producir el Apocalipsis, con la ayuda del Dragón Negro!

¿Lograrás escapar de una muerte segura a manos de un amenazador gigante antropófago?

¿Conseguirá Zed poseerte y convertirte en un mago perverso a su servicio?

¿O serás cautivo del Gran Dragón sea cual sea tu respuesta a su malintencionado acertijo?

Este libro está dedicado a Sabrina,
Kimberley, Brad y Craig

¡ATENCIÓN!

Este libro pertenece a la colección «AVENTURA SIN FIN», de «DUNGEONS & DRAGONS®». Entre sus páginas encontrarás la emoción de vivir muchas aventuras en tierras y reinos fantásticos, poblados de dragones, orcos, *halflings*, elfos, magos, etc...

Puedes leer el libro muchas veces y llegar a distintos finales, de modo que si tomas una decisión imprudente que te conduce a un fatal desenlace, retrocede al principio y comienza de nuevo.

Este relato contiene muchas elecciones: las hay sencillas, sensatas, temerarias... e incluso muy peligrosas. Estas elecciones las encontrarás siempre al final de las páginas.

Las páginas que no tengan elecciones debes leerlas normalmente, o sea, seguidas. Además, al final de cada libro encontrarás una relación y descripción de todos los seres extraños que aparecen en el relato.

Recuerda, tú eres quien toma las decisiones, tú eres el héroe y en tus manos está tu propia supervivencia.

EL gran dragón se agita sin cesar en su letargo, tratando de hacer caso omiso a la voz que le habla. El oro, la plata y las joyas acarician su cuerpo a medida que se acomoda más aún en su enorme montón de tesoros. Pero el mensaje sigue resonando en su mente: «Ven a mí, te lo ordeno, ¡oh Shen!, Gran Dragón Negro. He pronunciado las palabras secretas y debes cumplir mis órdenes. Ven y tendrás muchas más riquezas de las que puedas imaginar. Me vengaré del mundo y mi arma eres tú. Ven a mí ahora».

Un inmenso ojo dorado se abre lentamente. Negras escamas ondulan por todo el cuerpo del enorme dragón cuando se mueve. El mensaje se repite una y otra vez en su mente, convocándole, ordenándole, exigiéndole.

Shen sacude su impresionante cabeza negra y se arrastra a través de la cálida y oscura caverna donde ha dormitado durante los últimos cuatro siglos. Parpadea fatigado, se mago al que el venerable Consejo de los Nueve acaba de citar con urgencia. Aunque no conoces los motivos de la misteriosa cita, tienes la esperanza de que hayan decidido confiarte tu primera misión importante.

Pero antes debes compartir tus pensamientos con los de alguien... o, mejor dicho, con los de una criatura muy grande, muy siniestra y muy aterradora...

L gran dragón se agita sin cesar en su letargo, tratando de hacer caso omiso a la voz que le habla. El oro, la plata y las joyas acarician su cuerpo a medida que se acomoda más aún en su enorme montón de tesoros. Pero el mensaje sigue resonando en su mente: «Ven a mí, te lo ordeno, ¡oh Shen!, Gran Dragón Negro. He pronunciado las palabras

secretas y debes cumplir mis órdenes. Ven y tendrás muchas más riquezas de las que puedas imaginar. Me vengaré del mundo y mi arma eres tú. Ven a mí ahora».

Un inmenso ojo dorado se abre lentamente. Negras escamas ondulan por todo el cuerpo del enorme dragón cuando se mueve. El mensaje se repite una y otra vez en su mente, convocándole, ordenándole, exigiéndole.

Shen sacude su impresionante cabeza negra y se arrastra a través de la cálida y oscura caverna donde ha dormitado durante los últimos cuatro siglos. Parpadea fatigado, se asoma al mundo que dejó atrás y lo encuentra inalterado.

Lentamente el dragón despliega sus enormes alas y estira los músculos de su macizo cuerpo. Abriendo la boca, Shen deja escapar una llamarada que chamusca la tierra.

—No está bien que sea yo quien deba servir al hombre, y a sus mezquinas intenciones —dice Shen con voz cavernosa—. El hombre debe servirme a mí, yo soy Shen, el Dragón Negro. Soy el último de mi especie en todo el universo. Donde yo estoy, anida la muerte. ¡Soy supremo! ¡Soy Shen!

Entumecido por la edad y por el largo sueño, el dragón extiende sus enormes alas y alza el vuelo, cumpliendo las órdenes del mensaje. El cielo se ennegrece a su paso y donde su sombra se proyecta, la vida desaparece. Se extiende el rumor de que Shen, el Dragón Negro, está asolando otra vez la región.

[Pasa a la página ocho.](#)

Estás ante el Consejo de los Nueve y apenas logras controlar tu emoción, cargada de incertidumbre.

—Morgan —dice con voz trémula Fazad, el miembro más anciano del Consejo—, te hemos llamado para proponerte una misión de gran importancia. Hace novecientos noventa y nueve años tu venerable antepasado Zed el Celoso, Mago Supremo y miembro del Consejo de los Nueve, fue desterrado al Monte Bald en castigo por practicar hechizos prohibidos. Pronto concluirá su período de arrepentimiento. Eres su pariente vivo más cercano y también nuestro mago más joven. Queremos, por tanto, que vayas al Monte Bald para acompañarlo en el camino de regreso. ¿Qué respondes?

Se te seca la garganta, y el corazón te palpita frenéticamente. Resuenan en tu mente las palabras de tu madre en su agonía: «Morgan, tienes que hacer todo lo que esté a tu alcance para ayudar a tu tío. Recuerda que tienes la suerte de poseer un seudodragón. Trátalo bien. Comparte con él tus pensamientos y él compartirá contigo su sensatez. Nunca pienses que sólo es un dragoncillo capaz de transmitir sus pensamientos. Algún día podrá contribuir a borrar la mancha negra que, desde hace años, pesa sobre nuestro linaje...».

—Honorables señores, será un honor —replicas.

Das un paso al frente y se te enreda el bastón entre las piernas. Con gran dificultad recuperas el equilibrio.

—¿Estás bien, joven Morgan? —pregunta un miembro del Consejo.

—S-sí, señor —respondes, ruborizado—. A veces soy un poco torpe.

—A veces hasta te caes encima de mí —emite irónicamente una mente cercana mientras ocho pequeñas uñas puntiagudas se te clavan en el hombro.

—¿Puede acompañarme Hinoki?

—¿El pequeño seudodragón? —pregunta el Barón Beta—. No veo ningún inconveniente, siempre que no obstruya tu misión. El día de la liberación de Zed está próximo. Es muy importante que estés allí cuando se levante la Barrera del Tiempo. No estaría bien que Zed pensara que lo hemos olvidado. Preséntale nuestros saludos y dile que aguardamos su retorno con alegría. También debes entregarle su Anillo de los Deseos, que hemos mantenido hasta ahora a buen recaudo.

Coges con delicadeza el Anillo de los Deseos, haces una reverencia ante el Consejo y sales de la cámara procurando no tropezar más.

—¡Siempre que no obstruya tu misión! —piensa burlonamente Hinoki—. ¿Quién creen que te mantiene en pie casi todo el tiempo?

—Venga, Hinoki, no soy tan torpe —observas a la criatura, que tiene el aspecto de un dragón rojo en miniatura.

—Tampoco eres tan habilidoso. ¿Te acuerdas cuando yo todavía estaba en el cascarón? ¡Te caíste encima y estuviste a punto de aplastarme!

—¡Oh, Hinoki! Ya me he disculpado por eso un millón de veces. ¡Fue un accidente!

—Está bien. De todos modos, me gustas. No estás tan mal para ser un humano —piensa Hinoki y te mordisquea la oreja con su agudos diente-cillos—. ¿Cuándo partimos?

—A primera hora de la mañana. En realidad, ni siquiera sé dónde está el Monte Bald. Todo lo que sé es que queda hacia el norte.

—Supongo que conseguirás un mapa, ¿verdad?

—Por supuesto. No creerás que partiré en una dirección aproximada, ¿no? Bueno, no respondas.

—Nunca te preparas lo suficiente —afirma Hinoki—. Deberías hacer tus planes con más antelación para reducir al mínimo las posibles sorpresas desagradables.

—Pero eso es muy aburrido —comentas—. Como sabes, ya soy mago. Tengo una gran intuición y siempre sé qué es lo mejor en una situación complicada. Cualquiera es capaz de guiarse con un mapa. Yo prefiero mis propios métodos.

—Serás un mago, pero permíteme recordarte que acabas de graduarte. Aún no sabes todo lo que hay que saber.

—¡Conozco lo más importante! En los exámenes escritos me dieron un sobresaliente. Además, tengo el Anillo de los Deseos de mi tío Zed.

—Supongo que no pensarás usarlo —se horroriza Hinoki.

—No lo usaré si no es indispensable —respondes.

—Es demasiado poderoso para ti. ¡Tu tío se pondría furioso si lo usaras!

—Me comprendería —replicas, aunque no estás tan seguro.

A primera hora de la mañana siguiente, con la hierba todavía cubierta de rocío, tú e Hinoki salís del castillo en dirección norte, hacia el Monte Bald.

El trayecto transcurre sin incidentes hasta la mañana del tercer día.

—Ya tendríamos que haber divisado ese monte —piensa Hinoki—. Volaré hasta lo alto de aquella loma y echaré un vistazo.

—Eres tan pesado como una madre —gruñes—. Se supone que soy yo quien está a cargo de la expedición. ¡Iré contigo! —pasando por alto las protestas de Hinoki trepas a lo alto de un montículo rocoso—. Tiene que ser ése —señalas un pico negro que se divisa entre la fría bruma—. ¡Qué aspecto más inhóspito! Apuesto a que el tío Zed se alegrará de verme.

—Cuidado al bajar —te advierte Hinoki.

—Deja de fastidiarme. Sé hacer las...

Una piedra se desprende bajo tu pie y resbalas. Desesperadamente intentas recuperar el equilibrio. Demasiado tarde, ves la gran roca negra que se eleva ante ti, sientes un mareo y el resto del mundo desaparece.

—¡Morgan! ¡Despierta, Morgan! —sientes en tu mente y ves un minúsculo punto de luz muy borroso, que lentamente se agranda al tiempo que la voz se torna más audible—. ¡Morgan! ¡Despierta! Cuando lleguemos, la Barrera del Tiempo se habrá levantado —insiste la voz.

Aún adormilado sientes de nuevo las palabras e intentas descifrar su significado. Moverte es demasiado dificultoso y quizá te convenga reposar.

—Si no te incorporas te dejaré solo y seguiré adelante por mi cuenta. ¡No me culpes si los lobos te devoran!

¿Que te devoren los lobos? Eso no te parece nada divertido. Abres lentamente un ojo y notas que Hinoki te observa atentamente.

—Creí que esta vez habías logrado matarte, —piensa elseudodragón—. Vamos, o te incorporas o me marchó. Hemos perdido demasiado tiempo gracias a tu *inteligente* manera de descender por una pendiente.

—Creo... creo que me desvanecí con el golpe —conjeturas mientras te palpas un enorme chichón en la cabeza que te duele mucho—. ¿Cuánto tiempo estuve sin conocimiento?

—Todo el día y toda la noche —Hinoki te frota la mejilla con el morro—. Me asusté mucho. Pensé que podías haber fallecido.

—¿Tanto tiempo? ¡En marcha! ¡Tenemos que seguir nuestro camino! Si no nos detenemos en toda la noche llegaremos antes de que la Barrera del Tiempo se levante.

Aunque caminas tan rápido como tus piernas te permiten, sabes que llegarás con retraso.

—¡Mira, Hinoki! ¡Humo! —exclamas, señalando una gran nube de humo negro que cubre el cielo norteño.

A lo largo del día aparecen diversas y siniestras señales. Pájaros muertos, y con el plumaje sucio por el grasiento humo negro, cubren el terreno. Después, observas que otros animales pequeños como ratones, culebras, conejos..., también tienen el cuerpo calcinado.

—Esto no me gusta nada —murmuras—. Hinoki, ¿recibes algún pensamiento?

—Pánico. Sufrimiento. Muerte —responde nervioso tu seudodragón.

—Si sincronizamos nuestras mentes seremos doblemente poderosos. Probemos a ver qué descubrimos. Tal vez mi tío Zed esté herido.

Te sientas en una enorme roca, posas a Hinoki en tus rodillas y unes tu mente a la suya. Serenas los latidos de tu corazón y respiras simultáneamente con el seudodragón mientras miras profundamente en sus ojos dorados.

Gradualmente te envuelve una sensación de ingravidez, y entras en estado *de trance*. Tus negras pupilas se agrandan hasta que ves una figura menuda acurrucada en el suelo. Te encoges ante el sufrimiento y la imagen se desvanece.

—¿Lo has visto? ¡Es el tío Zed y está malherido! Tenemos que llegar allí lo más rápido posible. ¡Ha ocurrido algo terrible! —exclamas.

Durante el resto del día y la noche siguiente sigues andando con el temor como constante compañero.

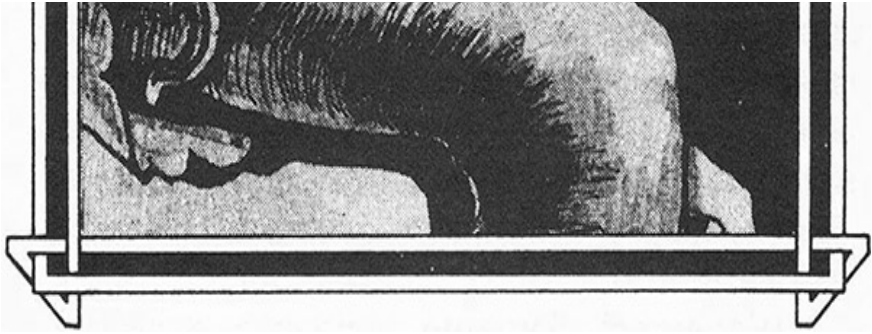
—Si le ha ocurrido algo a tío Zed el Consejo nunca me lo perdonará —piensas.

Hinoki permanece durante todo el tiempo, extrañamente callado.

En la mañana del quinto día llegas a un puerto de montaña y observas una destrucción inimaginable. El Monte Bald se eleva ante ti, arrasado y ennegrecido, como si sobre ella hubieran caído todos los rayos del mundo. Los bosques están calcinados y los pocos árboles que quedan, humean en la bruma. Hay rocas destrozadas, como si hubieran sido golpeadas con un gigantesco martillo. En algunos lugares el te-

reno está agrietado y por las grandes aberturas se observan piedras fundidas que desprenden burbujas y vapor.





—Quizá esté vivo todavía —susurras mientras avanzas rápido por los desolados parajes.

Siguiendo un estrecho y serpenteante sendero asciendes hacia una brecha en la montaña. Te abres paso entre los escombros, entras en una profunda cueva, y te acercas a una pequeña figura arrugada y quebrantada que está echada sobre el frío suelo de piedra.

—¡Tío Zed! —gritas mientras le vuelves suavemente la cara.

—No —murmura el hombre—. No soy Zed. Sino Cycas. Era el siervo de Zed.

—¿Qué ocurrió? ¿Se encuentra bien Zed? ¿Sigue vivo? —inquieres con tono cada vez más apremiante.

—¿Vivo? Sí, está vivo —jadea el hombre y suelta una risilla ahogada.

—¿De qué te ríes? ¿Qué ha sido de mi tío? He venido a buscarlo para llevarlo al reino. Pronunciarán discursos y le restituirán sus honores. ¡Dime qué le ha ocurrido!

Una terrible mueca se dibuja en el rostro del sirviente mientras una carcajada silenciosa sacude su cuerpo.

—¿Así que le han perdonado? Sospecho que ya es demasiado tarde. ¿Creyeron realmente que se tomaría a la ligera su destierro? Zed no es de éstos. Apeló a todas sus artes mágicas para convocar a los poderes tenebrosos y ordenarles que le ayudaran a vengarse.

—¡Vengarse! ¿De qué venganza estás hablando? ¡Ha sido perdonado!

—Vosotros podéis haberle perdonado, pero él no ha perdonado a quienes lo desterraron. Pagarán muy caro lo que le han hecho —refunfuña Cycas.

—¿Qué piensa hacer? —preguntas.

—Shen —resuella Cycas.

—¿Shen, el Dragón Negro? No es posible —dices—. Shen sólo es un mito inventado para asustar a los niños.

—Shen hará mucho más que asustar a los niños —murmura Cycas—. Es algo más que una fábula. Es un ser real y